

# CEDDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

AÑO XV

MADRID, 14 DE MARZO DE 1909

NUM. 694



## UNA LECCION DE HISTORIA

—Esta lápida, señor ministro, conmemora el hecho heroico de Alfonso Pérez de Guzmán, llamado *el Bueno* porque prefirió sacrificar á su propio hijo á entregar al sitiador la plaza de Tarifa...

**G E D E Ó N**

OFICINA CENTRAL  
SEVILLA, 12 Y 14

DIRECCIÓN:  
SERRANO 55  
MADRID

NÚMERO  
**10 CÉNTIMOS**

SUSCRIPCIÓN  
España: Semestre, 3 pesetas  
Año, 5 id.  
Extranjero: Año, 8 francos

## Víctimas de la desgracia

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago **MOORYS'S, 19, rue Mazagan, PARIS**, que envía gratis su curioso librito.

## SE DESEA

un hermano para colaborar activamente en obras teatrales. Se preferirá que sea sevillano, y si es posible, empleado en algún ministerio. Para más detalles, dirigirse á la Redacción de «Gedeón».

**PERFUMERIA**

**"LA GIRALDA"**

JABONES PERFUMADOS  
finos y económicos.

EXTRACTOS Y ESENCIAS  
CONCENTRADAS.

AGUAS DE TOCADOR

☒ POLVOS DE ARROZ. ☒

LOCIONES PARA EL CABELLO

DENTIFRICOS.

Especialidades.

AGUA DE AZAHAR

JABON HIEL DE VACA

JABON BREA.

DIRECCION

ALMIRANTE ESPINOSA 1

SEVILLA

## LA INSPECCION GENERAL

APARATO MAGNÍFICO PARA MINISTROS  
DE POCA VENTILACIÓN

Facilita la salida de un ministro, mejora notablemente el tiro de la crisis en que se colocan.

La Inspección general

de los Ejércitos

es la última creación de la **HIGIENE MAURISTA**. Exposición y venta de toda clase de proyectos y artículos de régimen local.

Dientes cariados. Los evita y cura siempre el **Licor del Polo**, fortificando las encías y perfumando la boca.

**AGUA DE COLONIA CONCENTRADA**  
Sus condiciones higiénicas, su perfume fino, elegante y permanente, hacen sea la predilecta en los tocadores de buen gusto. **Alvarez Gómez, Peligros, 1 duplicado.**

Tomando el **VINO LA CIERVA** con la estadística de Londres se disimulan en lo posible las enfermedades infecciosas.

Con el **VINO LA CIERVA**, fresco y tónico, no hay tifus por exentemático que sea. El

## VINO LA CIERVA

garantiza el más perfecto estado de salud en Madrid. Embotellado en Gobernación con optimistas estadísticas.



## JOSE DE ROURE

REDACTOR DE GEDEÓN

Una nueva desgracia, que por inesperada nos parece más terrible, ha venido á herirnos en mitad del corazón. José de Roure, nuestro hermano mayor, nuestro camarada leal, nuestro compañero insustituible, nos ha abandonado para siempre, cuando trabajábamos juntos en esta obra, que fué uno de sus amores, alegres como de costumbre y, más que nunca, llenos de esperanzas...

Los que siguen desde el primer día nuestra modesta historia, no pueden extrañarse al ver de nuevo lágrimas de dolor en nuestros ojos, que sólo acostumbran á llorar de risa... Ya saben que en esta casa no hay más culto que la amistad fraternal de sus habitantes, y no ignoran, por tanto, cómo han de entristecernos y apenarnos los tremendos golpes de la Implacable Enemiga... Pero aunque nos creemos con derecho á que compartan nuestra amargura—por si alguna vez conseguimos disipar las suyas,—solicitamos su perdón por este paréntesis en nuestra

alegría... Después procuraremos estar alegres, como de costumbre, pues conocemos nuestra misión en este mundo de Maura y compañía, y á lo que nos obliga su cumplimiento.

Inútil nos parece celebrar los méritos de Pepe Roure, la profundidad y elegancia de su ingenio, la belleza de su estilo claro y transparente como en los buenos días de las letras castellanas. Todos saben que en este mismo lugar, donde hoy aparece su retrato, lucieron siempre esas altas cualidades que consagraron su nombre y modelaron su alta personalidad literaria. La observación finísima, el gracejo castizo, la intención que se pide á la sátira y el sabroso agridulce que es alma del verdadero humorismo fueron cosa suya y aquí la derrochó en los diálogos que vivirán mientras viva el género á que pertenecen.

Su espíritu cultivado y comprensivo se explayó también por otros campos literarios, en obras que llevan su sello inconfundible...

Crónicas de impecable y moderna mundanidad, artículos de costumbres de exacto colorido, cuentos magistrales, poesías impregnadas de suave delicadeza... Últimamente soñó con el teatro, y su primera tentativa fué saludada como una esperanza lindante con la realidad...

Este fué el escritor José de Roure. Pero sobre su ilustre personalidad literaria hay que poner al hombre, que era la bondad misma, la franqueza en el trato y la lealtad en el proceder... No ha dejado un solo enemigo porque nunca hizo daño á nadie... ¡Ha muerto del corazón, por haberlo gastado prodigamente en beneficio ajeno!

¡Pobre Pepe Roure...! Mentira nos parece su muerte, y no nos resignamos, no podremos resignarnos tan fácilmente á esta pérdida que vino también á renovar heridas aún abiertas, aunque á ratos calmadas por el tiempo... ¡Royo, Navarro Ledesma, Roure...! La gloriosa trinidad duerme ya el sueño eterno que será el de los justos, porque los

tres lo eran... Y los tres fueron arrebatados á la vida cuando todo les sonreía y empezaban á gozar del nombre y la fortuna ganados tras incesante y rudo batallar por su conquista... ¿No es esto la mayor de las crueldades...? ¿No ha de ser por ello más intensa la pena que sentimos...?

Pero no teman los lectores... Ya vamos á cerrar el paréntesis. Volveremos á reír, y de esta nueva prueba procuraremos sacar e ánimo poco descompuesto para que no les choque ó les moleste... Ya la experiencia nos ha hecho fuertes antes el dolor. Ya hemos inventado una nueva bienaventuranza para nosotros mismos: «¡Bienaventurados los que ríen, porque ellos sabrán llorar á tiempo!» Roure... ¡descansa en paz!

## JOSÉ DE ROURE

POETA Y CUENTISTA

Publicamos á continuación una poesía y un cuento de nuestro llorado compañero, para ornar su recuerdo con sus propias flores. No hemos escogido estos trabajos; tomamos los primeros que encontramos, ya que en ellos, como en todos, resplandecen la honda ternura y la delicadeza de aquel original espíritu.

### LA MUJER VASCONGADA

Al rasgar por Oriente sedas y tules con su dorado filo de luz la aurora, y al romper del silencio la muelle urdimbre el gallo con su agudo filo de notas, en la bravía cumbre de la montaña despierta el caserío mientras las sombras aún van, por los nogales que lo circuyen, descolgándose lentas y perezosas. En el caliente establo muge la vaca, el humilde *chacurra* ladra y retoza, y el portón, al abrirse, publica achaques de la vejez y ofensas de la carcoma. Triunfa, al fin, en el cielo la luz del día, al par la *mescatille* madrugadora aparece, y en salva su sano aliento, le envían los helechos y las argomas. Madre Naturaleza, que para rudos trabajos la engendraste, gózate en tu obra; la fuerza hizo el boceto de su figura; la gracia, los contornos de su persona. Como en la flor de almendro, brilla en su cara el albor de lo bello más que el diploma, y una emoción alegre de intensa vida pone luz en sus ojos, risa en su boca. No peina con aliño su cabellera de hebreillas doradas y revoltosas y que al correr los años, por toda gala, se enlazarán en dos trenzas fuertes y toscas; no pule con adornos su gallardía ni pide á los colores siervas lisonjas; cual la escultura clásica, tiene en la línea todas las majestades que hay en la forma. Madre Naturaleza, tú la creaste para vivir contigo tu vida sobria en el gran escenario de las montañas, con la amplitud de aliento que hincha las olas, bajo la dura sombra de los nogales, sobre un suelo en que, al hierro, ciñe la roca. La creaste robusta para el trabajo, para el amor sumisa y ensoñadora, serena en la alegría, firme en el duelo y siempre al sacrificio y al deber pronta. De las antiguas razas fuertes y libres guarda en su limpia sangre la ejecutoria,

y ve pasar la vida con ese altivo desdén de lo perenne por lo que flota. Y cuando las arrugas pliegan sus sienes, en las noches de invierno tristes y lóbregas, ella misma hila el lienzo que ha de cubrirle para el sueño sin sueños que no se agota. La nieve en denso manto cae á la tierra; los senderos destruye, las lindes borra... Madre Naturaleza, tú también hilas los copos de ese lienzo que te aprisiona, también amaste mucho, también sentiste la fatiga del fuerte, también reposas.

### LA ESFINGE

Como monumento de su grandeza, para perdurable recuerdo de su memoria ó en devoción á la divinidad, el poderoso Faraón mandó construir una esfinge.

Los más hábiles operarios de Egipto trabajaron en ella; miles de esclavos acarrearón sus materiales, y lentamente fué destacando la colosal escultura sus líneas severas y hermosas.

Pusieronle, en cuerpo de león, seno y rostro de mujer; y mientras el tronco de león descansaba, con sus poderosas garras extendidas, sobre el plinto, la gallarda cabeza femenina alzabase soberbia, contemplando con sus ojos sin pupila los inmensos arenales del desierto.

Años y años corrieron antes que el escultor á quien el Faraón encomendara la construcción de la esfinge diese por terminados sus trabajos. Al fin, golpeó nerviosamente con su cincel por vez postrera el seno femenino de la esfinge, y al apartarse de la escultura murmuró, tras largos instantes de meditación:

«¡Sólo una palabra podrá conmoverla!»

Alejáronse esclavos y operarios; marchó tras ellos el escultor, y al par que el sol hundía su resplandeciente disco en las lejanías de Occidente, la soledad iba cayendo á plomo en torno de la esfinge, cuya severa y majestuosa cabeza contemplaba con sus ojos sin pupila, como en una eterna interrogación, los inmensos arenales del desierto.

Los Faraones se sucedieron sobre el trono de Egipto, y pasaron los siglos sobre los hombres como pasan las ráfagas huracanadas sobre la planicie del desierto, llevándose en su vuelo remolinos de arena.

La esfinge, inmóvil, vió pasar los siglos y los huracanes, y prosiguió contemplando con sus ojos sin pupila la inmensa esterilidad de la desierta llanada.

Un día, el hondo silencio que reinaba en torno de la esfinge fué turbado como por rumor de tempestad vecina, y, sin embargo, un sol abrasador lucía en un cielo intensamente azul sin la más leve mancha de una nube.

El fragor de la tempestad fué acercándose, y aparecieron en el horizonte masas oscuras que avanzaban lentamente sobre el haz de la tierra, y que algunas veces, heridas por los rayos del sol, relampagueaban con deslumbrador y fugitivo brillo.

Después, y ya más próximas, surgieron en ellas fugaces tonos purpúreos, y el relampagueo se hizo cada vez más intenso y más constante, al par que el sordo ruido como de tempestad iba rompiendo en mil y mil agudos sonos de toques de clarines y gritos humanos.

Estalló al fin en la muchedumbre que avanzaba, cubriendo toda la extensión de la tierra, una orgía de colores y un chisporroteo de reverberaciones luminosas, y el gran ejército del poderoso rey, vencedor de cien reyes, se desbordó ante la esfinge, estremeciendo el aire con sus mil rumores de canciones guerreras, de crujidos de carros, de tintineo de armas, de imprecaciones y de lamentos humanos.

El rey mandó que el ejército se detuviera y acampara, y la tienda real se alzó al pie mismo de la esfinge.

Tornaba vencedor de cuantos reyes había encontrado sobre la tierra, y sus carros estaban atestados de alhajas, arrebatadas en palacios y templos. Seguía un escuadrón de príncipes sometidos, y los esclavos de los diferentes pueblos sujetos á su yugo formaban inmensos rebaños.

Sus generales eran más poderosos que los reyes, y él igualaba á los dioses.

Había conocido todos los placeres y contemplado todos los dolores. La voz de los hombres no tenía para sus oídos más entonación que la súplica. Le proclamaban dios en todas las lenguas, y se postraban ante él todos los cuerpos. Las alabanzas de su poder formaban estruendo en el aire. El rey, á la puerta de la tienda, contempló la inmóvil esfinge y pasó por su espíritu el recuerdo de las frases del escultor, sostenidas de generación en generación en la memoria de los hombres:

«¡Sólo una palabra podrá conmoverla!»

Resplandeció, como siempre solía, en sus ojos la luz de la victoria, é hizo que se adelantaran humildemente los príncipes vencidos y apresados.

Detrás de ellos mandó colocar los carros colmados del botín más precioso que pudo soñar la codicia humana, y detrás de los carros las inmensas falanges de prisioneros procedentes de todos los pueblos sojuzgados, que eran todos los pueblos conocidos.

Tendió después su brillante ejército como custodio de tanta riqueza y freno de tantas vidas esclavas, y, seguido por sus generales, se adelantó hacia la esfinge.

Lentamente comenzó á subir por las escalas de seda que sus capitanes adosaron al tronco de la escultura, y próximo ya á la cabeza femenina del monstruo, dirigió una mirada triunfal al fruto de sus victorias y á las líneas de su ejército vencedor, y con acento vibrante y enérgico pronunció la palabra

¡GLORIA!

La esfinge continuó inmóvil, contemplando con sus ojos sin pupila las lejanas lindes del desierto.

Un estremecimiento de ira agitó el cuerpo del rey é hizo relampaguear su armadura de oro. ¿No era aquélla la palabra de la esfinge? ¿Hay frase más hermosa en el lenguaje humano? ¿Puede otra alguna conmover las entrañas de piedra del monstruo de cuerpo de león y cabeza de mujer?

Vencido por vez primera, descendió el rey de la escultura, y una profunda tristeza se extendió por su rostro.

¿De qué le aprovechaba haber vencido cien reyes y sujetado á su yugo cien pueblos, si la palabra «gloria», única que á él le hacía estremecer, dejaba inmóvil é indiferente á la colosal esfinge?

Huyendo de su derrota mandó el rey levantar las tiendas, y vió con tristeza desfilar todo el aparato de su poder, todo el testimonio de su gloria.

Poco después, seguido de sus generales, abandonó también el campo de su vencimiento, y al alejarse llevaba lágrimas en los ojos.

Llanto de dolor ó llanto de ira, aquéllas fueron las primeras lágrimas que conocieron sus párpados.

Y cuando desapareció en el horizonte el último resto de la pompa de aquel rey vencedor de reyes, la esfinge prosiguió inmóvil contemplando los inmensos arenales del desierto.

Corrieron de nuevo los siglos, y un día de primavera llegó cerca de la esfinge un hermoso mancebo con la cabeza coronada de flores. Venía de las frondosas márgenes del Nilo, é iba en peregrinación por la tierra, sin más deseo que el de amar y ser amado.

Componía dulces canciones, deliciosos versos, que repetían todas las voces juveniles de cuantos amantes se detenían á escucharle.

Como si en su boca anidara un ruiseñor, los acentos que de ella salían eran los más dulces de oír y los más gratos al corazón, y á su misterioso influjo estremecíanse las muchachas, sintiendo en torno suyo como el aleteo de una divinidad.

Detúvose el poeta frente á la esfinge, y resonaron en su memoria las proféticas frases del escultor:

«¡Sólo una palabra podrá conmoverla!»

Largo tiempo permaneció mirando la escultura con la mente llena de ensueños y el ritmo del corazón apresurado. Trepó al fin sobre el plinto, y poco á poco fué ganando las alturas del tronco del león.

Emparejada ya su cabeza, coronada de flores, con la cabeza femenina de la escultura, aproximó su boca al oído de la esfinge, y murmuró dulcemente la palabra

¡AMOR!

La esfinge siguió inmóvil contemplando los inmensos arenales del desierto.

Un velo de tristeza cubrió su juvenil y ardoroso rostro. La palabra Augusta que rimaba en todas sus canciones y estremecía el pecho de los mancebos y las adolescentes que la escuchaban, no era la palabra de la esfinge. En sus entrañas de piedra no se había producido al oír la menor conmoción.

Descendió el poeta de la colosal escultura, deshojando su corona de flores; y sin acompañar su paso, como solía, con el alegre y dulce son de sus cantares, se fué alejando, alejando, no sin volver á cada instante la cabeza para contemplar, ora triste y ora airado, al monstruo de durísimas entrañas que oía inconmovible la palabra «amor», única palabra que hace grata la vida y añade luz al cielo. Y cuando su hermoso y juvenil cuerpo se difuminó en la lontananza, la esfinge continuó inmóvil contemplando el desierto.

Del desierto salió el sabio, tras largos años de meditación y penitencia, para vencer á la esfinge pronunciando á su oído la palabra mágica. Un áspero sayal cubría

su cuerpo casi esquelético resecaado por la fiebre del alma.

¿Qué valía la gloria, sueño de su sueño?, ¿qué valía el amor, dulzura de un instante? ¡Palabras ambas apenas proferidas ya olvidadas!

No así la suya, la frase mágica, profunda y eterna, cifra de sus tenaces meditaciones, palabra tan llena de Dios, que al decirla temblaban los labios y la sangre detenía su curso formando remansos en lo más hondo de las entrañas.

Por alcanzar la dicha de pronunciarla había sacrificado á la meditación y á la penitencia toda su vida. Noventa años sin amor y sin goce, perdido en la soledad del desierto, mirando á lo alto aun entre el fragor de las tempestades; siempre cerca de alcanzarla, siempre lejos de poseerla; devorado por la fiebre del espíritu, que nunca remite.

Y el sabio, tembloroso, pero decidido, se aproximó á la colosal escultura. Arrastrándose, y con mortales fatigas, fué ascendiendo por su tronco. Al fin se abrazó á su cuello, y jadeante y como aterrado por la frase misma que iba á proferir, susurró religiosamente al oído de la esfinge la palabra

¡INMORTALIDAD!

Y la esfinge siguió inmóvil contemplando con los ojos sin pupila los inmensos arenales del desierto.

Gloria! ¡Amor! ¡Inmortalidad! palabras que han llenado el corazón y la mente de los hombres desde que Dios arrojó la tierra á la cautividad sin límites del espacio. ¿Tan escaso es vuestro poder que no conmueve las pétreas entrañas de una esfinge de cuerpo de león y seno y cabeza de mujer? ¿Serán más falaces que proféticas las frases del escultor? ¿Intentaría burlarse, al proferirlas, de la credulidad humana? ¿Fueron aquéllas un sangriento sarcasmo de nuestros sueños...? ¿No habrá en el lenguaje humano una palabra capaz de conmover á las piedras?

Una caravana de árabes llegó cierto día á las inmediaciones de la esfinge.

Formábanla cuatro ó cinco familias humildes, que huían del yugo de la esclavitud á que había sido condenado su pueblo por un audaz conquistador.

Los infelices fugitivos no poseían mas que unas cuantas desmedradas bestias y unos miserables carros. La existencia de todas aquellas gentes pendía de la mano de Dios.

El jefe de la caravana, un anciano de venerable aspecto, hizo detener los carros á la sombra de la esfinge, y apresurada y alegremente fueron saltando de aquéllos mujeres y niños.

El sol calcinaba la tierra; la grata sombra de la escultura les amparó como una bendición. Distribuyéronse la frugal comida, y poco después, hombres, mujeres y niños dormían plácidamente, esperando á las brisas de la tarde para continuar su camino.

Pero aún no habían descansado una hora, cuando el jefe de la caravana alzó la venerable cabeza, contempló el cielo, y un grito de terror se escapó de su garganta.

Negro y gigante nubarrón avanzaba por el espacio, y en la inmensidad del desierto

alzábanse á cada instante grandes remolinos de arena.

La orden de partir fué pronunciada inmediatamente, y los hombres aparejaron los carros entre los gritos de terror de mujeres y de niños.

Ya el huracán estremecía el desierto.

Huyeron con el espanto en el semblante y la tempestad azotándoles las espaldas, y cuando ya habían caminado largo espacio en su loca y atropellada huída, un pobre niño de ocho ó diez años, á quien el terror de los suyos había olvidado en su plácido sueño, despertóse de pronto y hallóse solo y abandonado al pie de la esfinge.

Lágrimas de miedo se atropellaron en sus ojos, y el infeliz recorrió en vano los linderos de la escultura en busca de los suyos.

Trepó por ella apresuradamente para explorar con sus ojos los vecinos términos en demanda de la caravana, y alcanzó á fijar sus pies en el mismo seno de la esfinge

Entonces divisó allá á lo lejos el vago contorno de la caravana que huía, y presa su débil corazón de la locura del terror, el pobre niño gritó con desgarrado acento la palabra

¡MADRE!

Súbito estremecimiento conmovió las entrañas de la esfinge. Doblóse dulcemente la cabeza femenina como para contemplar al niño, y en el seno de la escultura algo latió con espasmo de vida.

La palabra mágica había sido al fin pronunciada, no por un rey, por un poeta ó por un sabio, sino por un pobre niño abandonado.

Tronco de león, cabeza y seno de mujer... la palabra de la esfinge era la palabra «¡madre!»

JOSÉ DE ROURE.

## Del romancero gedeónico

MONOLOGUITO

Sentado en el duro banco, que á más de duro es molesto, de la clásica tribuna de mi oficio en el Congreso, las manos en los bolsillos y los ojos en el techo, me quejaba de este modo, más dormido que despierto: «Sagrados mares de España que envidian los extranjeros, y que yo también envidio porque soy de tierra adentro, ¿cómo no decís vosotros la verdad sobre el proyecto que va á pasar en seguida porque lo manda el Gobierno? Vosotros sabéis de sobra que resultará un exceso la subvención que se pide para unos barcos añejos; porque los visteis mil veces más humildes que soberbios, al arrullar de mal grado su marcha y sus balanceos. ¿Qué millas ni qué comillas corren de vuestro elemento, ni en qué se funda el que quiere que se les conceda un premio? Peces hay en vuestras aguas, mas no lo mismo que aquellos

que en la costa se dedican  
 á hacer el destino inverso;  
 que á los peces se les pesca,  
 según de antiguo sabemos,  
 y de pescadores viven  
 estos peces estupendos...  
 Terribles son y avisados  
 é insaciables, por lo mismo  
 que siempre se van á fondo...  
 tras el plural por supuesto...!  
 Yo no conozco esos barcos  
 ni ganas de conocerlos,  
 pero me basta su nombre  
 para ponerles el pero...  
 ¡Sagrados mares de España,  
 yo vuestra ayuda pretendo  
 para salvar una parte,  
 no floja, del presupuesto...!  
 Que vuestras olas no traigan  
 desagradables recuerdos,  
 mezclados con los que vengán  
 en las alas de los vientos...  
 ¡Y á ver si á tales testigos  
 hay gentes que no den crédito  
 é impedimos que se voten  
 los que se piden de nuevo...!  
 Sagrados mares de España  
 que envidian los extranjeros,

y que yo también envidio  
 porque soy de tierra adentro,  
 ¿cómo no decís vosotros  
 la verdad sobre el proyecto  
 que va á pasar en seguida  
 porque lo manda el Gobierno?»

.....  
 Aquí cortó mi monólogo,  
 despertándome del sueño,  
 la sorprendente defensa  
 del amigo Lombardero...



## MUSICA MUNICIPAL

Todos los que con más ó menos fortuna  
 han tenido ruidosos éxitos en el elari-  
 nete, han desfilado estos días por el Ayun-  
 tamiento.

Ya conocéis el motivo.

Hasta ahora no habíamos echado de me-  
 nos que nos faltaba para darle aire á las  
 procesiones y á otras solemnidades públi-  
 cas una banda municipal.

Estábamos verdaderamente desolados  
 á los ojos de Europa.

¡Parece mentira que una cosa tan indis-  
 pensable no se nos hubiese ocurrido en tan-  
 tos años!

«¿Qué nos falta—se preguntaban los ilus-  
 tres y celosos representantes de los intere-  
 ses del Municipio,—qué nos falta para co-  
 ronar nuestra bella gestión administrativa,  
 para que los madrileños vivan felices pisto-  
 nudamente sin tener que envidiar á nadie?»

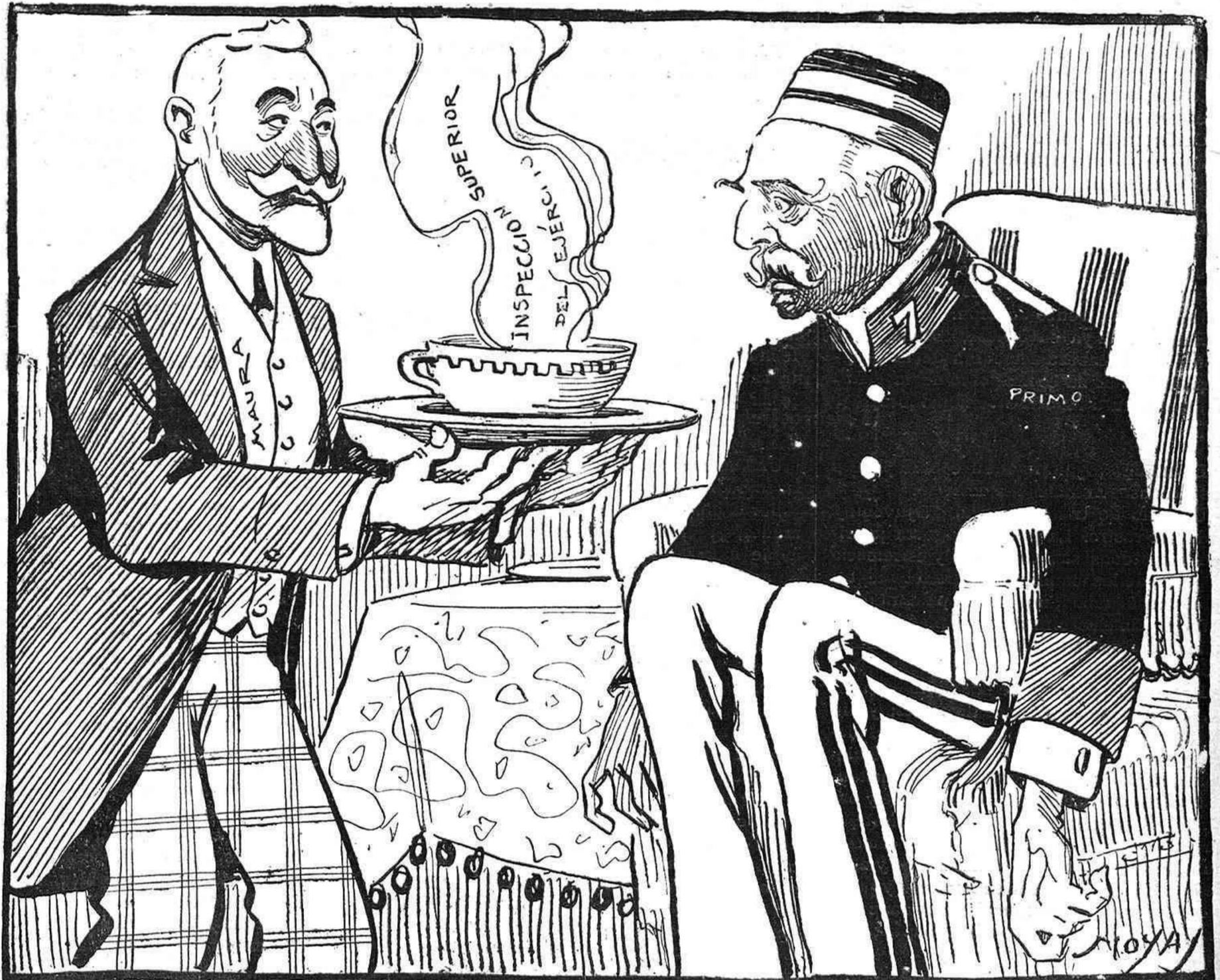
¡Una banda municipal!

Los servicios de higiene y alumbrado,  
 perfectamente atendidos; las reformas de  
 Policía urbana, satisfechas; pavimento in-  
 mejorable; magníficos mercados; alcantari-  
 llado de primer orden; todo, todo resuelto,  
 ¿no era lógico que pensasen los ediles en al-  
 guna disculpable coquetería?

¿Y cabe mayor coquetería que la de una  
 banda municipal?

¡Pues qué, los clarinetes, los requintos y  
 los fscornos, no tienen derecho también á  
 ser atendidos?

«Urbanicemos la banda municipal—dije-  
 ron los concejales,—y hagamos la meritoria  
 obra del ensanche de los instrumentos de  
 viento.»



## EL ILUSTRE ENFERMO

DON ANTONIO.—Vamos, mi general, tóme-se esta tacita de caldo y ya ve a usted como se repone:

Y para evitar que cada individuo del Ayuntamiento se presentara con un clarinete recomendado en pública sesión y que se peleasen las minorías conservadora, liberal y republicana por un colócame en la banda un saxófono, espectáculo que hubiera sido lamentable, se ha procedido con muy buen acuerdo á proveer las plazas por oposición.

La semana que faliece hoy se ha dedicado por completo, si no estamos equivocados, al examen de los clarinetes, y ante un Jurado, del que forman parte algunos amigos nuestros, de los que, la verdad, no sospechábamos que fueran peritos en tasar clarinetes, han lucido sus habilidades de boquilla los simpáticos aspirantes.

Una fotografía publicada en A B C nos dió una idea de la solemnidad del acto.

En una amplia mesa, cubierta por un tapete de terciopelo municipal, varios señores graves, al parecer iniciados en los misterios del clarinete, escuchan con resignado gesto de ¡Todo sea por Dios y por la banda!, lo que el clarinetista con simpática emoción ejecuta delante de un atril,

Y en calar clarinetes han ocupado una buena parte de los días pasados estos señores. Cuando terminaba el examen de cada aspirante, los individuos del tribunal apuntaban en sus notas el juicio que les había merecido. Algunos, poco seguros de la firmeza de sus opiniones, se aventuraban á preguntar tímidamente al compañero que estimaban como más competente en clarinería:

—¿Qué le ha parecido á usted el muchacho que acaba de tocar?

—¡Tiene mucho labio! ¡Bien se ve que toca el clarinete desde niño!

—Eso me ha parecido á mí. ¡Y eso que si hubiera usted oído á un clarinete que conocí yo en la banda de Miraflores de la Sierra hace dos veranos, le habría vuelto loco! ¡Dice usted de labio! ¡Voy á escribirle para que venga, por gusto nada más, para que usted le oiga!

—¿Es un buen instrumentista?

—¡De primer orden! ¡Hace lo que quiere del clarinete! ¡Y no crea usted, todo de afición! ¡Su único maestro fué un tío suyo que pedía limosna! Lo tocaba, ¡figúrese usted!, nada más que como pretexto para la compasión. ¡Pero el que lo lleva dentro como éste que le digo á usted, no hay que darle vueltas! ¡Y ya ve usted, en Miraflores, donde no le dan ninguna importancia al clarinete!

A la hora de escribir este artículo desconocemos y lamentamos el nombre del clarinete triunfador.

Pero en fin, el nombre no hace al clarinete, digamos parodiando el refrán francés.

Lo principal es que los señores del Jurado ya han salido de su cuidado.

¡Y qué clarinetim habemus en la banda!

Ahora vayan pasando al reposo musical los demás individuos que, desdeñando el clarinete, pusieron sus amores en otros instrumentos de más resonancia.

El bombo, los platillos, el bombardón, el bombardino y demás ruidosos amigos del hombre, empezarán á mostrar su suficiencia ante el tribunal correspondiente.

Difícil va á ser cubrir la plaza de bombo, si se presentan á solicitarla los chicos mauristas, que no han hecho más que darle al parche durante toda su vida.



## EN EL QUIOSCO

—Son 20 céntimos.

—¿Cómo 20?

—Sí, señor... 10 por usted y 10 por el perrito.

Y ahora se nos ocurre que en la banda municipal no debe haber bombardino.

Suprimir esa plaza, ó no crearla, mejor dicho, será una prueba de respeto á una de las bandas más simpáticas de que disponemos en Madrid.

La banda de San Bombardino... y ustedes dispensen este chiste de clarinete.

En fin, es de suponer que allá para los primeros días de Junio estará la banda en disposición de sonar.

El Ayuntamiento ha tenido la originalísima idea de nombrar director de la banda al maestro Villa, atendiendo sin duda, no sólo á sus méritos, sino también á que Villa, por su apellido, es el más indicado para dirigir el organismo creado por la Casa de la Villa.

He aquí un buen elemento para utilizarle en beneficio de la atracción de forasteros.

Pongamos á la banda en combinación con la llegada de los trenes, y el forastero agradecerá mucho esta atención.

En los tiempos en que en el Ayuntamiento había mano abierta para los destinos figurados, lo de la banda hubiera sido una buena pinta para cubrir algunos momios.

¡Cuántos clarinetes de honor habrían cobrado sin tocar más que la nómina á primero de mes!

¡Cuántos también habrán tocado solamente de boquilla!

Ahora afortunadamente se hila un poco más delgado, y sólo habrá que temer el aprovechamiento de la banda para las fiestas onomásticas de los concejales y bodas y bautizos de carácter municipal.

Por lo demás, ya podemos codearnos con las cabezas de partido más acreditadas.

¡Cualquiera nos tose!

Nos alegramos, sobre todo, por los pingüinos.





### EL OCASO DE LOS DIOS

(UNA ESCENA ARREGLADA POR GEDEON)

¿QUIEN SERA EL ENCARGADO DE DAR EL GOLPE A ESE POBRE SIGFREDO, QUE TIENE TANTOS PUNTOS VULNERABLES?

Moan Icon

## LA BELLA «CHURRITO»

Llegamos al elegante hotel Piscis, en el que la *estrella* se aloja, y preguntamos discretamente:

—¿La bella *Churrito*...?

—Está ocupada—nos respondió la camarera.

Contrariados por la respuesta, íbamos á retirarnos sin poder satisfacer nuestros deseos, que eran los de *hacer algo* sobre la célebre bailarina, cuando una voz gatuna gritó desde dentro:

—Si son periodistas, que pasen... ¡Pus no faltaba más!

Aquel timbre de voz y aquel *pus* que lan-



zó nuestra antigua amiga, nos hizo reconocerla.

Era Lola Pérez, la chica del churrero de la calle de las Maldonadas. Era *Lolilla*, la que tantas veces nos había llevado los churros á la cama, y á la que llamábamos cariñosamente la *Churrito*.

Obedeciendo al mandato de Lola, penetramos hasta el tocador (soberbia habitación decorada en seda *liberty* de tono rosáceo) donde la *estrella* verificaba su *toilette*.

La bella *Churrito* aparecía á nuestros ojos envuelta en vaporosa bata. Con un femenino mohín había sacado de las mangas de la bata sus torneados brazos, y para evitar que la elegante *robe* cayese al suelo, habíala anudado á su cintura. La camisa de la Lola saltaba en cascadas de encajes, huyendo de la presión del transparente cubrecorsé de *mansú*.

Ante aquellas cascadas sentimos una extraña debilidad y cierto vértigo desconsolador; pero las exigencias de nuestro oficio se sobrepusieron á los impulsos humanos, y preparando unas placas (de las que siempre llevamos encima) hicimos á la bella Dolores las fotografías que acompañan á esta información.

Una de ellas representa á la *Churrito* en la intimidad y tal como nos recibió. Con la punta de la toalla mojada en agua tibia lavábase la cara tan gentil artista.

—¿Usted se lava así siempre?—hubimos de preguntarla.

—Siempre—nos respondio.—¿Queréis creer ustedes que en veinticinco años de viajar por Europa no me he acostumbrado á lavarme á chapuz...?

—Y de los pies, ¿qué tal andamos...?



—¡Ay, hijo...! Esos me los lavo cada quince días.

—¡Por Dios, *Lolilla*...! no nos referíamos á eso. La preguntábamos á usted qué tal andaba de agilidad para sus nuevas danzas mímicas.

—¡Mu bien, pero mu bien! Los bailes de ahora no nos fatigan apenas. *Ande* hay que tener hoy todo el arte es en la mirada y en la expresión del semblante, ú *sease* en la *fila*.

—¿Piensa usted estrenar alguna nueva pantomima?

—Sí; pienso ofrecer al público una que se titula *El preso y su madre*. Yo hago de amante del bandido, y entro en la cárcel *haciéndome pasar por su madre*. Cuando el verdugo, acompañado por los jueces, llega á la celda en busca del criminal, á quien van á guillotinar, yo me arranco por *panaeros*, y mientras los de la comitiva se extasían con el baile, se escapa el preso, y yo, con una afilada hacha, empiezo á matar gente hasta que *me quedo sola* y... cae el telón...

—Pues va á ser un éxito. Y ahora, encantadora *Churrito*, ¿por qué no nos descubre usted su vida íntima, sus amores, sus pasiones, sus ganancias y hasta sus pérdidas, si es que ha llegado usted á tenerlas...?

Ante lo brusco de nuestra insinuación, *Lolilla* vaciló breves momentos; pero repúsose al punto, y después de morderse un padrastró del dedo índice, nos dijo con dulzura:

—Mi vida todos la sabéis ustedes. Nací en Granada y vine á Madrid con mi padre,



que era churrero proveedor de las principales casas de la corte. Yo salía por la mañana repartiendo la mercancía por los estudios de los artistas. Mil veces le di el puñuelo á

Saint-Aubin, y el rico combro á Moreno Carbonero... Harta de aquella industria y de semejante reparto, me escapé un día de casa y me encontré á Maestre Martínez, ei de los viajes *en botijo*. Por tres duros y medio me proporcionó un billete hasta París, y ya en la capital de Francia empecé á bailar lo poco que había aprendido en Granada. Una noche que danzaba en un *cabaret* de las afueras, recibí una carta del gran duque Karageorgewich diciéndome que si quería *ahuecar* en su compañía. *Ahuequé* y estuve en Rusia veintiocho días (dos semanas más que Cristóbal de Castro). Después el duque me abandonó y rodé por los *music-halls* de Viena, Berlín y París, adonde volví de nuevo. Allí la suerte me sonrió; gané más dinero que gana aquí el Sr. Pidal, me hice la mujer de moda y pensé en seguida venir á mi patria á contar todo esto, á cobrar 1.000 francos y á demostrar que de arte estoy tan *in albis* como cuando vendía churros.

—Eso es modestia—hubimos de interrumpir.

—Nada de modestia. Los años que he pasado en Francia los he pasado como dormida.

—¿Y no aprendió usted el francés...?

—Poca cosa. En Madrid me atrevo á hablar algo en ese idioma; pero en París... *pour moi qu'il niege*...!

—¡Muy bien! ¿Y de suicidios? ¿Cuántos hombres se han matado por usted?

—Un pobre estudiante parisién quiso cierto día tirarse al pilón de una fuente de las Tullerías; pero pude evitar que acabase sus días de tal modo. Después accedí á sus pretensiones.

—¡Oh, alma generosa! Le agrada á usted elevar hasta sí á los humildes.

—No me gusta que nadie se rebaje.

—¿Y quién es ahora ei afortunado...?



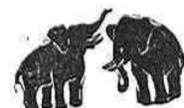
—¡Anda, *leñe*!—gritó la *Churrito*, recordando sus tiempos primitivos. ¡Pus no queréis saber poco...!

Y haciendo un gracioso gesto con los brazos desapareció veloz, dejándonos con la palabra en la boca...

Allí terminó la interviú y allí dejamos á la *Lolilla* cuajada de piedras preciosas.

Y volvimos al periódico con ánimo de informar á ustedes de la vida y milagros de esta bella *Churrito*, cuyos hermosos brillantes son verdaderos y cuyos talentos artísticos son *Benicia*, pero de lo más *Benicia* que darse puede.

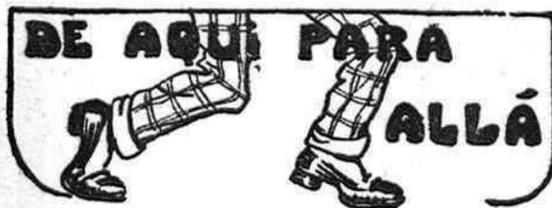
¡Y como ella, una porción de *estrellas* más!





## GEDEON, SENADOR VITALICIO

—Señor presidente, uno mi ruego al del Sr. Polo y Peyroón. ¡Por Dios, que venga pronto el señor obispo de Jaca; sin él nos vamos á morir de tedio en este auto cuerpo colegislador...!



**COGORZA DE GRAN ESPECTACULO** Esta vez no figura el suceso que vamos á comentar empa-

dronado en las extravagancias yanquis.

Ha ocurrido en una aldea de Austria, y la protagonista de la tragi-comedia es una viuda alegre, pero sin Sagi-Barba.

La pobrecilla, para solemnizar de un modo decoroso la muerte de su marido, ilustre y bien probado tabernero de la aldea, que murió con la espicha en la mano—el ideal de nuestro pintoresco amigo el marqués de Villaviciosa,—invitó á los parroquianos más pellejos de la casa para rendir á la memoria del difunto la última ronda de copas.

Los concurdaneos, en número de 50, se apresuraron á presentarse en la taberna, favorecida siempre por lo más selecto de la borrachería del pueblo.

La viuda, dirigiéndose á la reunión, soltó el siguiente *vermouth*:

«Quiero que nos reunamos por última vez, pues voy á retirarme de los negocios.

»El dolor me ahoga, y deseo acabar mis días en una gran ciudad, donde nada me recuerde al hombre que durante muchos años se emborrachaba diariamente á mi lado, sin dejar por eso de amarme.

»He decidido invitaros á una comida fúnebre, que será presidida por el retrato de mi difunto esposo.»

Los invitados corearon las últimas palabras de la tabernera, y bebieron la primera copa á la memoria del difunto y eminente borracho.

A los lados de la mesa y para no entretenerse en la coquetería de descorchar, se habían instalado dos enormes toneles, uno de vino y otro de aguardiente. Sobre ellos y para contener la aglomeración de bebedores, un cartel con las siguientes advertencias: «¡Llevad la izquierda! ¡Viva el caño libre!»

Además para las clases neutras se había colocado como centro de mesa un respetable barril de cerveza.

El banquete fué una continua exaltación de la memoria del difunto, recordando sus

cogorzas célebres, su famosa campaña contra el agua, su invencible resistencia á beber el vino con seltz, su culto al pellejo, al que sacrificó el suyo personal.

La viuda escuchaba embebida, enfrascada verdaderamente, los elogios á su esposo, y para enaltecer su recuerdo era la primera en libar de la propia ternera de los toneles.

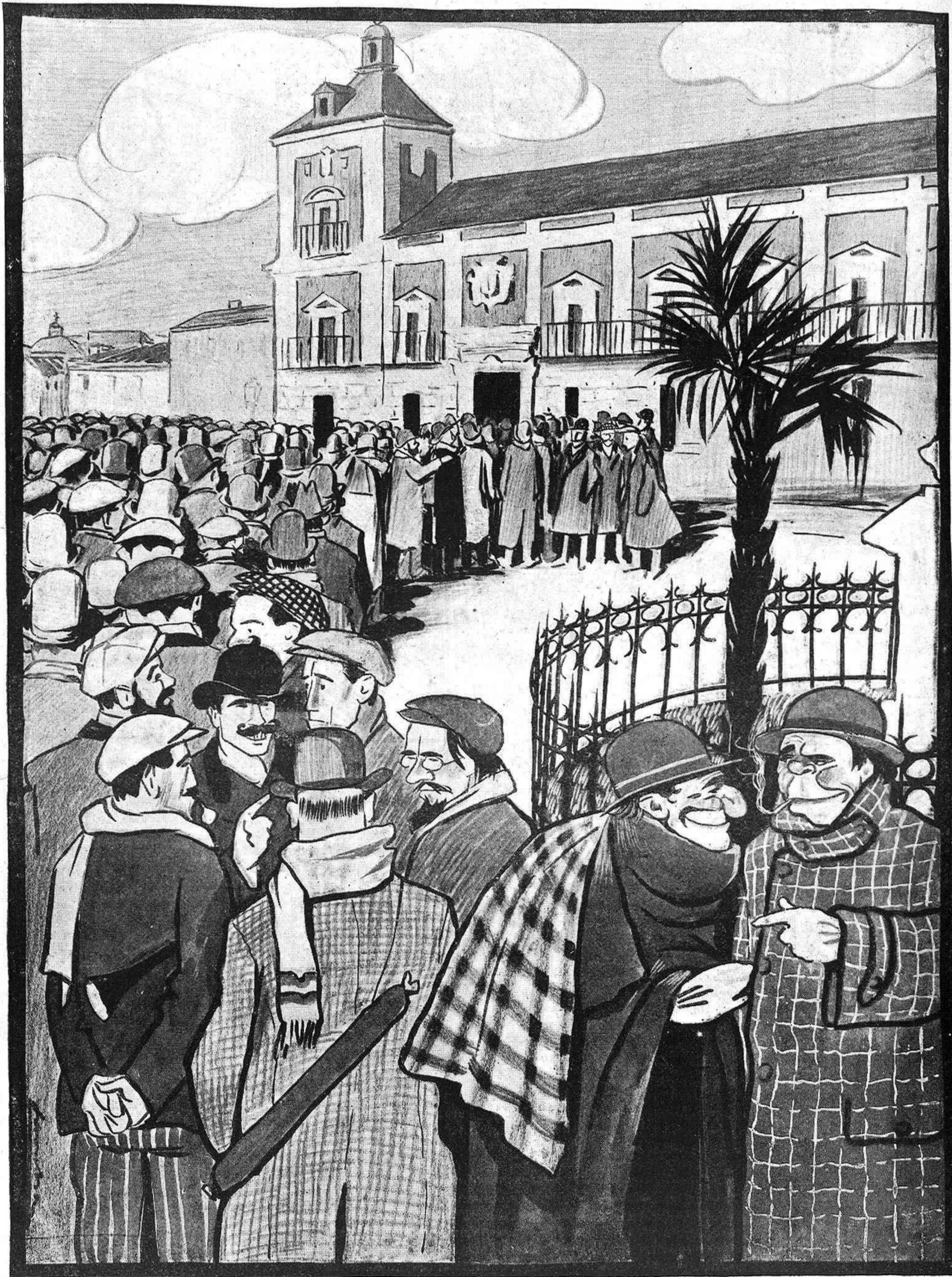
Poco á poco, el contenido de los toneles fué trasegándose á los bien dispuestos estómagos de los concurdaneos, que acabaron como es de suponer en un garibaldesco orfeón.

La viuda, dice el colega que nos sirve este suceso, no se quedaba á la zaga, y apurando su vaso, miraba enternecida al retrato de su amado esposo.

Algunos invitados la propusieron consolar su viudez, casándose en plena poderosa; otros lloraban á lágrima viva, mejor, á lágrima Christi, y varios del negociado del aguardiente se arrancaban por cantos fúnebres.

Ya en el ocaso de la curda, un formidable conuertante de ronquidos puso punto final al banquete.

A la mañana del otro día, las familias,



### A LA PUERTA DEL CONCEJO

CALINZ.—¡Cuánta gente...! ¿Vienen á solicitar pape-  
letas de trabajo?

CEDEÓN.—No... ¡A disputarse una plaza de clarinet!

alarmadas por la extraña ausencia de sus deudos y parientes, se presentaron por sí acaso en la taberna.

¡Y efectivamente! ¡No se habían equivocado!

¿Dónde mejor iban á estar los pobres?

Lo más sensible es que muchos, brutalmente alcoholizados, se fueron al otro mundo á llevarle la última copa al difunto y á darle recuerdos de la viuda inconsolable, que, efectivamente, por ahogar el dolor, se había caído dentro de un tonel.

**LA DIMISION DE «NEY»** El famoso y laureado perro policía que atiende por *Ney* ha desaparecido de la circulación, sin tener la delicadeza de enviar á su jefe inmediato noticias tuyas.

Los éxitos de *Ney* en el Cuerpo policiaco se habían hecho a-reedor al respeto de sus compañeros, que, preocupadísimos por la desaparición de *Ney*, se mostraban muy contrariados.

*Ney* era, indiscutiblemente, un compañero leal, inteligente y, sobre todo, discretísimo.

Por fortuna, la inquietud de los colegas de *Ney* ha cesado al conocer las causas de la deserción del chucho.

No era cierto que se hubiese marchado á Buenos Aires para traerse á Zabala entre los dientes, como suponían algunos; no, la desaparición de *Ney* obedecía á un motivo que le honra.

El dueño de *Ney* es un capitán de Orden público que acaba de obtener el retiro.

¿Qué iba á hacer *Ney*, perro obediente y cariñoso antes que policía, más que seguir á su amo?

Y *Ney* se va de la Policía modestamente, calladamente, sin pomposos anuncios y sin decirselo á La Cierva, con el que está que ladra, según dicen, por sus últimas reformas en el Cuerpo de Policía.

¡*Ney*, pues, nos abandona, por seguir á su amo! ¡Y quién sabe si por no estar conforme con los últimos nombramientos!

Es de suponer que la plaza que deja vacante *Ney*, se proveerá por concurso entre los perros que gusten bajar al redondel.



## ...y armas al hombro

Qué hombre este D. Antonio!

Explicó la salida de Primo del Gobierno diciendo que estaba muy delicado de salud, y á los cuatro días le da un carguito para el que se necesita no estar enfermo nunca...

¡Eso es gobernar!

Y sobre todo, hacerse en todo el mundo... lo que no puede decirse.

Hay quien supone que lo hizo para que quedara mal D. Fernando.

Y otros dicen que quien queda mal es el propio D. Antonio.

¿Nuestra opinión?

Los dos.



El Sr. La Cierva está muy enfadado con los que hablan de la enfermería que padecemos, pues que tales noticias perjudican á Madrid.

¡Qué amor por la capital de España se le ha declarado á última hora!



## AVE DE PASO

ROSARIO GUERRERO

Artista bella y de rango, que ganó la mar de reales con la habanera y el tango y el bolero y el fandango y otros bailes nacionales.

Para no disgustarle, estamos dispuestos á negar que haya un solo enfermo ni que se muera nadie.

Sébase, pues, que no hay tifus, ¡ni en los teatros!

Y que la poca gente que aquí se las lía... ¡se muere de gusto!



El Sr. Sánchez de Toca se peleó con el señor Sánchez Guerra en el Senado por el dichoso Canal de Isabel II, como era natural.

Y casi todos los comentaristas hicieron constar que, por esta vez, fué vencido.

Bueno.

No nos interesa el asunto, aunque pudiera tener un título algo clásico.

«Entre Sánchezes anda el juego.»



Por cierto que Sánchez Toca tiene también, como cada quisque, un hijo que es diputado.

Y este joven habló la otra tarde en el Congreso contra un señor que decía cosas de Canal en cuestión...



## EL NIÑO PRODIGIO

¡OS QUE ENTRAN CON VALE.—¡Cómo piensa! ¡Cómo escribe! ¡Cómo habla...! Y, sobre todo ¡cómo toca!

¡Nos parece que el hijo se mete en la jurisdicción del padre, y eso no está bien!

Para seguir el orden que resulta indicado, el padre debe hablar del Canal.

Y el hijo del Canalillo.

Una comisión de pescadores de la tarrafa de La Coruña ha visitado al ministro de Gracia y Justicia para convencerle de que tienen más importancia que los trañeros...

¡Hombre...! ¿Al ministro de Gracia y Justicia con esas?

Suponemos que no le habrán visitado como ministro.

Ni como novelista.

Ni como marqués de Figueroa...

Le habrán visitado, seguramente, como gallego... ¡que tarrafa!

Noticia de verdadero interés:

«El ex alcalde de Barcelona Sr. Sanllehy ha visitado al presidente del Consejo y al ministro de la Gobernación.

»Después de estas visitas se habla entre la gente política de que el Sr. Sanllehy volverá á encargarse de la Alcaldía de Barcelona y de que será uno de los candidatos á una de las senadurías vitalicias vacantes.»

¡Una tontería!

Quiere decirse que este político á la moderna ha resucitado una cosa antigua...

Vino por atún y á ver al duque.

A más de nombrarle hijo adoptivo, la ciudad de Lérida ha regalado al Sr. González Besada un tapiz en testimonio de gratitud.

¡Qué cosa tan rara!

¡Un tapiz!

¿Será para que haga un número de circo?

¡Cuidado, Augusto!

El conde de Romanones fué al Senado á conferenciar con Montero Ríos sobre una porción de cosas que no nos interesan.

¿Iría en nombre de D. Segis?

Un íntimo de D. Eugenio lo dió á entender así, diciendo que como la montaña no iba á ellos, ellos fueron á la montaña.

Ellos se refiere al conde y compañía.

¡Caramba con Montero!

¡Adiós Montaña!

Como estos días han aumentado de precio los consabidos francos, el ministro de Hacienda se ha creído en el caso de tranquilizarnos.

Nadie debe preocuparse del alza.

Los francos bajarán en seguida, y nuestro Tesoro cuenta con 63 millones en oro para garantizar la baja.

Estos 63 millones serán 68 á fin de mes, y muy pronto 100, pues á esta cifra aspira nuestro insigne hacendista.

¡Ya es oro!

Lo que pasa es que hasta ahora sólo está en el pico de Besada...

¡Qué pico de oro!

Ahora resulta que Moret, Romanones y demás liberales del bloque están un poco disgustados con los republicanos que les ayudaban en la tarea de entusiasmar á las masas.

¿Por qué?

¡Porque solían hablar en sus discursos de la conveniencia de la República, etc., etc...!

Éntérese D. Melquiades, que es el bloquista más entusiasta.

Y no se enfade luego, cuando le gastan bromas sobre la mayor ó menor prontitud en tirar el gorro.

Una comisión de fabricantes de hielo ha visitado al ministro de la Gobernación para pedirle que prohíba la venta del hielo natural...

¡Vaya unos frescos!

¡Pedir eso á La Cierva es tanto como recomendarle el suicidio!

Ya se ha recibido en el ministerio de Marina la contestación de la casa Vickers respecto á la construcción de la escuadra.

Su aceptación es condicional.

¡Quién nos lo hubiera dicho...!

¡Después de lo que hemos hecho por ella, y ahora nos pone condiciones!

¡En fin... acondicionémonos!

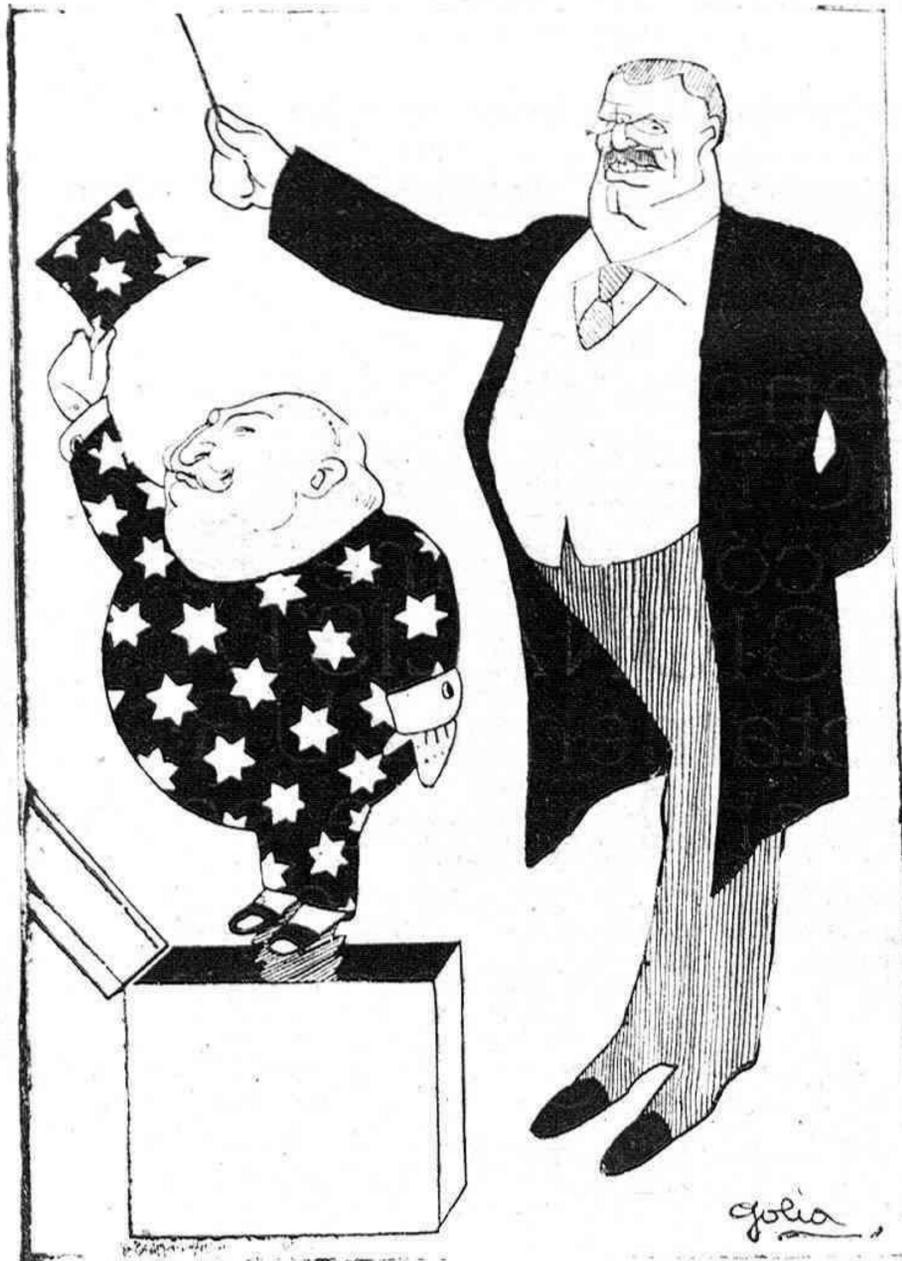
Recomendamos, por curar siempre ozena (fetidez aliento) y lupus, al especialista D. Alfredo Gallego. Su tratamiento es el único que hace desaparecer por completo tan repugnantes enfermedades, las que causan divorcio. Pto. 1.º, 176. S. Bernardo, 18.

# DEL INGENIO AJENO



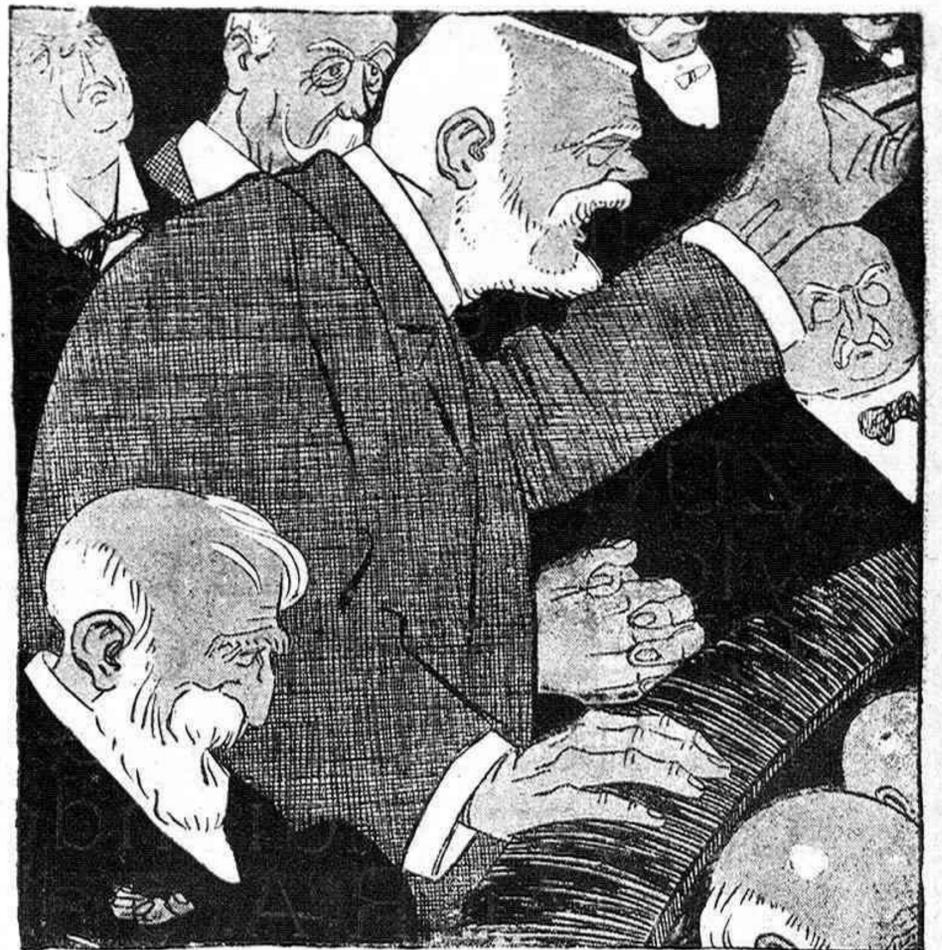
Yo indemnizo, tú indemnizas, él indemniza, nosotros indemnizamos, vosotros indemnizáis... etc., etc.

(Ulk, de Viena.)



**EL NUEVO PRESIDENTE**  
El prestidigitador.—Unc, dos y ¡Taft!

(Pasquino, de Turin.)



## ANTICIPACIONES

Cumpliendo el mandato de nuestro pueblo, venimos á pedir la derogación de la ley de Jurisdicciones. (Sesión del Congreso español, del 21 de Abril de 1950.)

(Papitu, de Barcelona.)

COMPRE USTED

LOS MIÉRCOLES

EL SEMANARIO ILUSTRADO

# ACTUALIDADES

INFORMACIONES FOTOGRAFICAS

DE TODO EL MUNDO

IMPRESION ESMERADÍSIMA

SOBRE PAPEL ESTUCADO

NOVELA ENCUADERNABLE CON

ARTISTICAS ILUSTRACIONES

PRECIO, **20** CÉNTIMOS

EL NUMERO EN TODA ESPAÑA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

España: trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 5 pesetas; año, 9 pesetas. Extranjero: año, 15 francos. Oficinas: Calle de Sevilla, números 12 y 14, MADRID

## ¡DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES!

EXIGID LA FIRMA S. MORET

### EL SÁNDALO DEL BLOQUE

Cura radical y rápidamente toda clase de afecciones reaccionarias en las vías liberales. Cada cápsula lleva el nombre de MORET. Pedid las instrucciones de Zaragoza ó el discurso de Valladolid.



Agua Colonia Orive. La más barata entre las extrafinas; 3 reales frasco; 4 litros, 16 pesetas.

### Píldoras saludables

de Sánchez Guerra

Únicas reguladoras de las funciones del comisario regio del Canal de Isabel II. Laxantes y purgantes. Evitan cólicos de soberbia y congestiones de contador. Desalojan la bilis y cálculos de Sánchez Toca. DEPOSITO: EN EL MINISTERIO DE FOMENTO.

## Jóvenes sin carrera

podéis hacerla rápida y brillante, sin necesidad de estudios, metiendo la cabeza en cualquiera de las nuevas combinaciones administrativas que acaban de salir ahora, en substitución de las antiguas y desacreditadas oficinas.

REFORMAS SOCIALES, SEGUROS, EMIGRACION Y OTROS CENTROS MAURISTAS

¡Aprovecharse! ¡Daos prisa, que ya hay cola!

—¡Mujer! ¡Que tengo los calcetines regionales ROTOS!

—Pues hombre, cómprame la ZURCIDORA REGIONALISTA y los tendrás perfectamente ZURCIDOS con ese aparato, que se remite libre de gastos á todas partes pidiéndolo al inventor A. MAUR A. ó al DEPÓSITO SOLIDARIO de BARCELONA.